

José Soto Chica

LEO
VI
GIL
DO

REY DE LOS
HISPANOS



DESPERTA FERRO

LEOVIGILDO



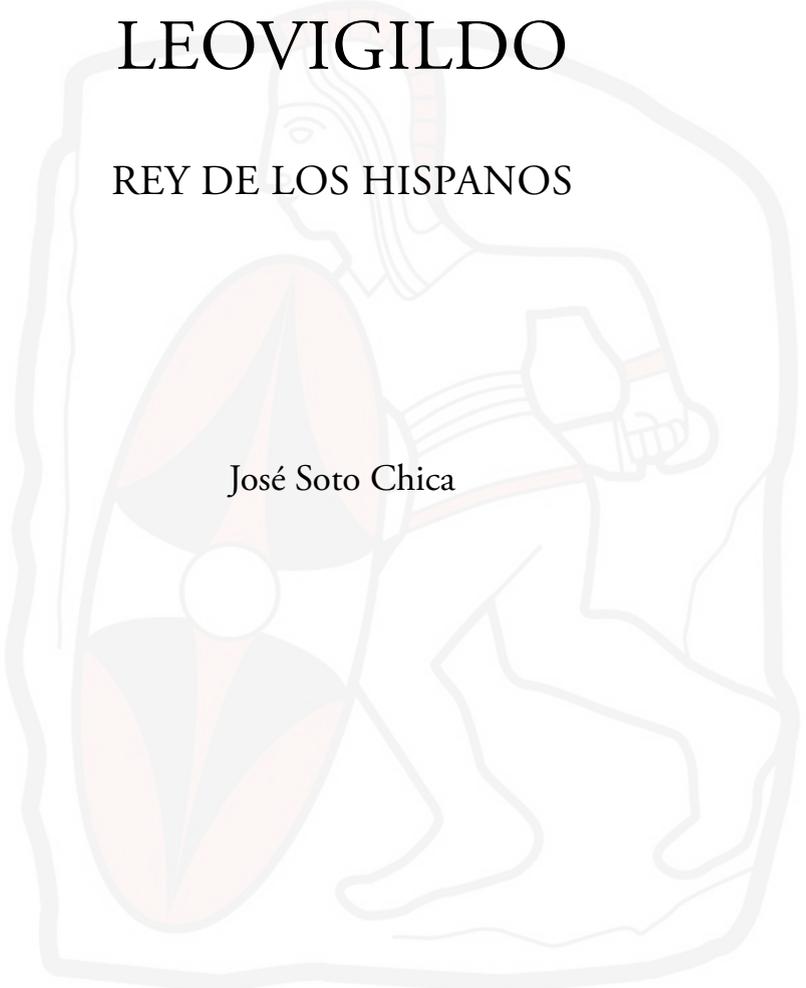
EDICIONES

DESPERTA FERRO

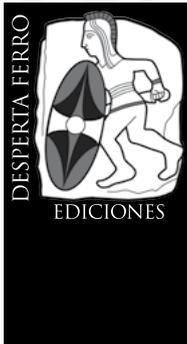
LEOVIGILDO

REY DE LOS HISPANOS

José Soto Chica



EDICIONES



Leovigildo
Soto Chica, José
Leovigildo / Soto Chica, José
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2023 – 352 p., 8 de lám. : il. ; 23,5 cm – (Historia Medieval) – 1.ª ed.
D.L.: M-29779-2023
ISBN: 978-84-127166-5-8
94(460)“500” (363)
929LEOVIGILDO

LEOVIGILDO

Rey de los hispanos

José Soto Chica

© de esta edición:

Leovigildo

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-127166-5-8

D.L.: M-29779-2023

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Cartografía: Desperta Ferro Ediciones

Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro e Isabel López-Ayllón Martínez

Coordinación de ilustraciones: David Soria Molina

Primera edición: noviembre 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2023 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Anzos

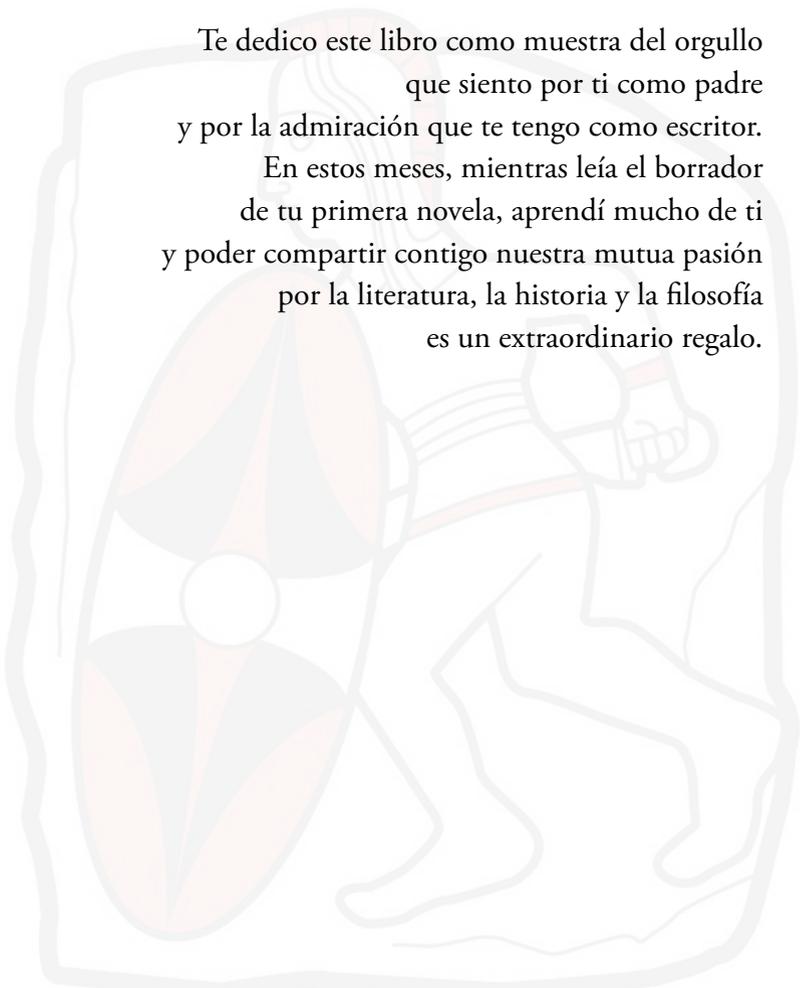
Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

Para Ciro, mi hijo. Fiel como el acero bien templado.

Te dedico este libro como muestra del orgullo
que siento por ti como padre
y por la admiración que te tengo como escritor.

En estos meses, mientras leía el borrador
de tu primera novela, aprendí mucho de ti
y poder compartir contigo nuestra mutua pasión
por la literatura, la historia y la filosofía
es un extraordinario regalo.

DESPERTA FERRO



EDICIONES

Índice

Agradecimientos	IX
Prólogo	XIII
Introducción	XVII
Capítulo 1 Nacido a la sombra de los jinetes del Apocalipsis	1
Capítulo 2 Cinco reyes y una reina	27
Capítulo 3 Un mundo peligroso	47
Capítulo 4 El rayo que galopa	59
Capítulo 5 La vengadora espada	103
Capítulo 6 El dragón en el trono	147
Capítulo 7 <i>Tyranus</i>	183
Capítulo 8 El juicio de la lanza	219
Capítulo 9 A golpes de hacha	265
Epílogo triunfal para un rey muerto	295
Bibliografía	299
Índice analítico	315

EDICIONES



Agradecimientos

En primer lugar, debo dar las gracias a mis editores, Alberto Pérez, Javier Gómez y Carlos de la Rocha, por haberme planteado embarcarme en este libro que, más que ningún otro, ha supuesto para mí un desafío. Nunca había escrito una biografía y comenzar por la de alguien tan grande y complejo como el rey Leovigildo ha sido como hacer tus primeras prácticas de alpinismo enfrentándote a la cara norte del Everest. Cierto es que yo no quería conformarme con contar lo que Leovigildo hizo, sino que me empecé en meterme en su mente y bajo su piel y eso requirió mucha energía. Pero la experiencia me ha encantado y creo que me ha hecho mejor historiador y, sobre todo, mejor persona. Así que, gracias, editores, por llevarme de prácticas al Everest y darme oxígeno cuando me faltaba el aliento. Y gracias también por la atenta lectura del borrador, los maravillosos mapas e imágenes que acompañan al libro y por todo el empuje que lleva en volandas todos mis ensayos hasta las librerías y los lectores.

En segundo lugar, debo agradecer a Kenza y a mi hijo mayor, Ciro, su infinita paciencia conmigo. Han sido meses inmersivos en los que me he pasado muchas horas en la biblioteca y en las que, en no pocas ocasiones, vivía más tiempo en la segunda mitad del siglo VI que en la primera del XXI. Solo dos maravillosas personas como vosotras me pueden querer tanto como para entenderme y darme cada día lo que más necesito: vuestro amor.

Ciro, además, ha publicado este mismo año su primera novela: *El lenguaje de la guerra*. Una obra de fantasía épica en la que la filosofía y las viejas leyendas teñidas de historia desempeñan un papel fundamental. A menudo, nos pasábamos horas desentrañando el alma humana o conversando acerca de la guerra o de cosas tan «cotidianas» como el valor de los símbolos, la relación entre las tres personas de la Trinidad o la visión que un arriano podía tener del Espíritu Santo. No hay nada tan estimulante como tener un filósofo en casa y yo tengo la suerte de tenerlo. Y si a eso sumas que contábamos con la equilibrada lógica de Kenza, con su capacidad, ya legendaria, para transmitir mesura y con su chispa, pues teníamos todo lo necesario para disfrutar de algo muy valioso: una buena charla.

También quiero agradecerle a mi hijo menor, Darío, su interés continuo y su constancia en interesarse por lo que hago. Siempre te siento muy cerca, Darío, aunque ahora no podamos compartir tanto tiempo juntos como a mí me gustaría.

Una serie de grandes amigos me ha ayudado con este libro: mi sobrino Jorge Juan Soto, mis ojos, mi informático de cabecera y mi guía por los caminos de la vieja Hispania, a la par que la persona que primero leía los borradores y que me dejaba tranquilo al decirme que, en efecto, Leovigildo cabalgaba de nuevo.

El profesor Luis Gonzaga Roger Castillo ha escrito para este libro un prólogo tan emocionante, culto y certero como todo lo que sale de su humanista y erudita pluma. Además, como en otras ocasiones, me prestó el auxilio de su extraordinario dominio del latín medieval, amén de sus enciclopédicos conocimientos, como filósofo y teólogo, en torno al agitado mundo de la teología medieval. Tener un amigo como Luis en estos tiempos oscuros es como ir de cervezas con Marco Aurelio, Juliano el Apóstata, san Agustín y Miguel Pselo.

Eduardo Kavanagh, director de *Desperta Ferro Antigua y Medieval*, compañero en el equipo que ha tratado de ubicar correctamente la batalla de los montes Transductinos o de la Janda y, sobre todo, buen amigo, me ha ayudado muchísimo, con paciencia de budista tibetano y ojo de estrategia macedonio, a la hora de reconstruir los itinerarios

que Leovigildo y su hueste guerrera pudieron seguir cuando llevaban la desolación y la ruina a cuantos los desafiaban. Sin su auxilio, más de un ejército godo se habría extraviado.

Francisco José Jiménez Espejo, también compañero en la apasionante aventura de la búsqueda de la batalla de los montes Transductinos, y un amigo de esos con los que la vida te sorprende y te hace pensar en la suerte que tienes, me ayudó a comprender cómo era el clima en época de Leovigildo. De hecho, este mismo año y en la revista *Nature Communications*, hemos publicado un artículo que ha cambiado nuestra comprensión del clima y de su importancia en los avatares políticos y culturales que tuvieron lugar en la península ibérica y el norte de África entre los siglos VI y X. Liderados por Jon Camuera, y junto con un grupo de excelente investigadores, Francis y yo nos esforzamos en esa tarea y algunos de sus frutos han sido vertidos también en esta biografía de Leovigildo.

El profesor Alberto Garín, un hombre de sabiduría tan extraordinaria como su bonhomía, me prestó sus ojos para llevarme de paseo a la Recópolis de los días de Leovigildo y Recaredo. Además, Alberto leyó el borrador y me dio valiosos consejos, al tiempo que me señaló algunos errores que, gracias a él, fueron corregidos.

El doctorando Miguel Navarro, cuya tesis acerca del Sacro Palacio de Constantinopla será pronto una obra de referencia, me señaló las similitudes conceptuales y espaciales de la Regia constantinopolitana con la calle principal de Recópolis. Miguel, además, siempre está dispuesto a leer mis borradores y a darme su opinión acerca de ellos.

Mi amigo Jorge Navarro también leyó el borrador y me dio su valiosa opinión como apasionado lector de ensayo dotado de una amplísima cultura historiográfica.

Mónica Santos del Hierro e Isabel López Ayllón revisaron el texto, eliminaron errores y lo transformaron en el libro que ahora tiene usted en las manos. Además, Mónica aportó un montón de buenas ideas que han terminado haciendo de esta obra un libro más fácil y bello de leer. Ella y el resto del gran equipo de Desperta Ferro son la mejor hueste que un historiador pueda desear tener a su lado a la hora de emprender la batalla de escribir un nuevo ensayo.

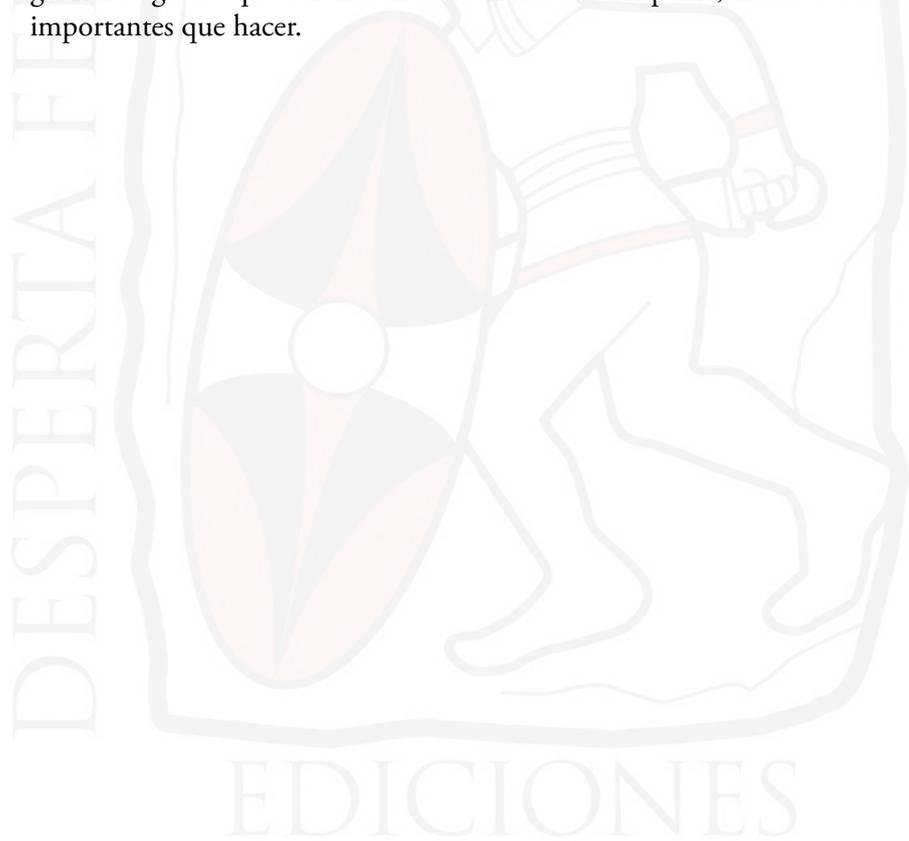
La profesora Panagiota Papadopoulou, compañera en el Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas de la Universidad de Granada, me auxilió con el griego antiguo y bizantino.

Raimundo Ortiz, arqueólogo de la mezquita catedral de Córdoba, tuvo la amabilidad de enseñarme los impresionantes hallazgos encontrados en el patio de los Naranjos de la mezquita y que evidencian un

enorme y fastuoso complejo monumental erigido en el último tercio del siglo VI, justo tras la conquista a espada y fuego que Leovigildo hizo de la ciudad.

Jaime Vizcaíno, profesor en la Universidad de Málaga y arqueólogo experto como nadie en la presencia bizantina en Hispania, me proporcionó publicaciones, sus puntos de vista y, ante todo, su amistad, de la que llevo disfrutando tantos años.

En fin, Kira, mi gato, tan cariñoso y bonito que derretiría hasta el corazón de hierro de la reina Gosvinta, me sacó más de una vez de largos ensimismamientos al sentarse sobre el teclado de mi ordenador para recordarme que era su hora de comer y que, además de atender a guerreros godos que atronaban las calzadas de Hispania, había cosas importantes que hacer.



Prólogo

Es curioso el destino de los pueblos germanos. Durante la Edad Media, los vikingos fundaron asentamientos en la inhóspita Groenlandia; cultivaron el arte de las sagas, semejantes a la novela moderna; practicaron la religión de Odín y la de Cristo; sus naves alcanzaron el continente americano. Todo esto pasó inadvertido para la historia universal y apenas se menciona como una curiosidad. Muchos siglos antes, los visigodos realizaron gestas paralelas: derrotaron a los orgullosos romanos y fundaron un nuevo reino: Hispania, dictaron un código de leyes que perduró hasta el siglo XIX, practicaron la religión de Arrio y de Roma, lucharon contra los ejércitos del lejano emperador de Bizancio. También el devenir histórico los entregó al olvido y los visigodos se convirtieron en una curiosidad para especialistas. Incluso el conocimiento de los nombres de sus reyes se propone hoy con sorna como ejemplo de inutilidad. Borges decía con acierto que los pueblos

tienen su destino y que el destino de los pueblos germanos es parecido a un sueño. Sin embargo, acaso más que de ninguna otra, la historia de España surgió de esa ensoñación.

En raras ocasiones, el drama de un individuo coincide con el drama de un pueblo. En este libro, el más completo que se haya escrito acerca del tema, se recoge la vida de uno de los reyes de esta lista proscrita, Leovigildo, vida que es también la de Hispania, reino al límite entre Roma y Germania, entre la Antigüedad y la Edad Media, entre el poder y la anarquía. Iba a cumplirse el centenario de la caída de Roma y nuevos caudillos combatían entre los escombros de la civilización. En consecuencia, se nos dice que «nació Leovigildo en un mundo catastrófico de frío, guerra y hambre». Se trataba de un hombre al límite, que ignoró el descanso y se entregó a la práctica de las artes destructoras (el autor, acertadamente, llama a la guerra «el arte del engaño»). Así, en los dieciocho años que duró su reinado en solitario, solo tuvo un año de paz.

Acaso el lector podría juzgar por esto que era un hombre atroz y despiadado. Sería inexacto. No lo fue más que los otros monarcas y probablemente lo fue menos. El emperador Justiniano no dudó en aniquilar a treinta mil partidarios de los equipos Verde y Azul en el hipódromo de Constantinopla, quienes, a su vez, habían sembrado la ciudad de muerte y destrucción durante una semana. Los reyes de Austrasia y Neustria –vinculados con Leovigildo a través de su mujer, Gosvinta– se entregaron con desenfreno al exterminio y tortura de sus familias. Etelfrido de Bernicia (uno de los plurales y efímeros reinos de Inglaterra) asesinó a mil doscientos monjes que rezaban por la victoria de sus enemigos, de donde se infiere que era hombre piadoso, pues creía en la eficacia de la oración. El libro señala magistralmente que «en el siglo VI no se toleraba la debilidad».

Dicen los *Proverbios* de Salomón que «la altura del cielo, la profundidad de la tierra y el corazón de los reyes son inescrutables». Sin embargo, mediante la lectura de esta obra, atisbamos una idea –o mejor, una obsesión– que guía la conducta de Leovigildo: la unificación de Hispania. Apenas hay una nación que no haya soñado a lo largo del tiempo con recuperar la unidad, esto es, revertir la descomposición que el tiempo impone: en Irlanda, el alto rey Brian Boru la alcanzó con su vida y la perdió con su muerte. En China, son célebres los casos del primer emperador y de los Tres Reinos. En Leovigildo parece como si todos sus esfuerzos y acciones estuvieran encaminados a este único propósito. Destruía para construir algo más resistente. No era el único en el siglo VI. En Bizancio, el emperador Justiniano

intentó conjurar la destrucción del mundo antiguo recuperando los territorios del Imperio romano de Occidente. Así fue como el sur de Spania se convirtió de nuevo en provincia romana. Por su parte, Leovigildo quiso hacer frente al caos del mundo ordenando su reino. Así, en torno al año 570, desató contra el Imperio romano de Oriente su primera guerra. Toda esta campaña, con sus intrigas políticas y su decurso bélico, está perfectamente descrita. Aduciremos tan solo una consideración. Ese mismo año, en La Meca, muy lejos de las cortes bizantina e hispana, nació Mahoma, profeta del islam. Es decir, al mismo tiempo empezaron a actuar dos fuerzas históricas: una que buscó la unificación del reino de Hispania y otra que la destruyó casi un siglo y medio más tarde. Cuando estos paralelos acontecen en la épica o en la novela, sentimos la presencia del destino; cuando acontecen en la historia, los llamamos coincidencia.

A continuación, se narra que Leovigildo tuvo una actividad bélica anormal. El ataque a Bizancio fue solo el comienzo de una larga serie. Citemos solo algunos casos de cuantos vienen detallados: se dirigió contra el reino de los suevos, en el noroeste. Luego contra Corduba, Sabaria, Cantabria, Aregia y la Oróspeda. Hizo frente a rebeliones de ciudades y rebeliones de aristócratas y a la traición de sus familiares. Hermenegildo, su hijo mayor, asociado al trono y gobernador de la Bética, se rebeló contra su padre e intentó secesionar gran parte del reino.

Por aquel entonces no había un único tipo de cristianismo (en realidad, y a pesar de las pretensiones romanas, nunca lo ha habido). Los cristianos hispanos se distinguían entre católicos y arrianos. Los primeros creían que la relación que vincula al Hijo con el Padre era la generación en la eternidad; los segundos creían que dicha relación era de creación. Leovigildo era arriano –lo que quiere decir que todos los cronistas le son adversos, puesto que no han llegado a nuestros días crónicas arrianas de este periodo–, aunque no era dado a las sutilezas de la teología y mantuvo una política de tolerancia. Por el contrario, Hermenegildo se convirtió al catolicismo y se alzó en armas. En realidad, no se trató de una cuestión religiosa, sino de algo mucho más antiguo que aparece en la vida de múltiples gobernantes: un príncipe se rebela contra su padre para descubrir que no era mejor que él y que con la derrota ha perdido el trono que hubiera alcanzado sin hacer nada.

Este episodio se nos relata con todos sus entresijos políticos y militares, nacionales e internacionales, personales y familiares. Pero lo más destacable es que Leovigildo, en contra de su costumbre, tarda en reac-

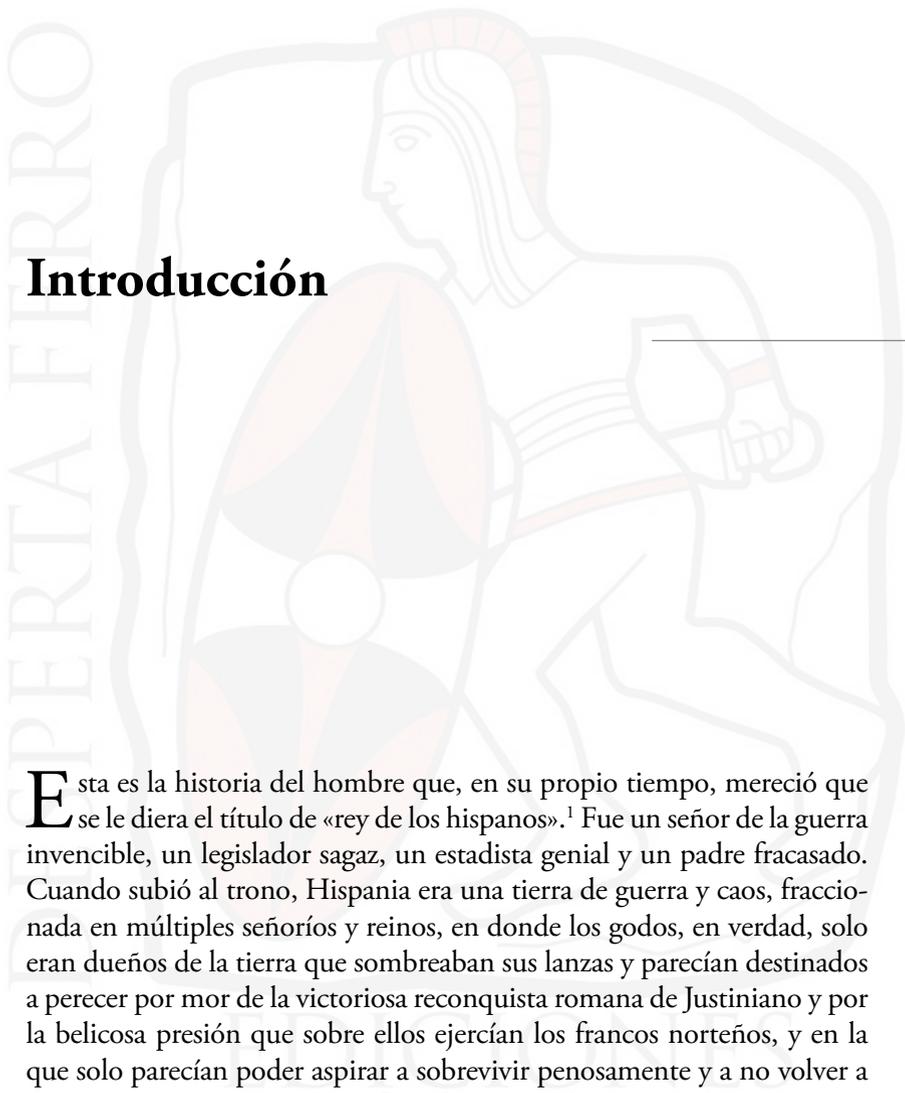
cionar. Por primera vez, lo vemos titubear y asoma ante nosotros no ya un rey combatiente, sino una persona que se debate entre la idea rectora de su vida y el amor a su hijo.

Cuando logra reaccionar nos queda claro que Leovigildo, al igual que sus antepasados, pertenecía a la casta de los guerreros. No obstante, y a diferencia de nuestra época contemporánea, la especialización no volvía inútil para las demás materias. En medio del naufragio del mundo antiguo fundó dos ciudades: Recópolis y Victoriaco; fue el único monarca germano que lo hizo. No ignoraba la importancia de los símbolos. Fue el primero en adoptar la diadema, el cetro y el protocolo del trono, hasta entonces reservados al emperador, rey de reyes. Acuñó moneda y mantuvo el uso de las calzadas.

El libro es perfectamente veraz y estricto en el manejo de las fuentes, pero, lejos de incurrir en el frío mecanismo narrativo de las obras históricas, tiene el acierto de no rechazar los momentos líricos y heroicos. El autor es consciente de que reconstruir la historia es, de alguna manera, cantarla. Se relaciona con el pasado como un historiador riguroso, ciertamente; pero también como un escaldo, los antiguos poetas nórdicos, cuya misión era cantar las batallas para que perdurasen en el recuerdo. Permítansenos algunos ejemplos. Así se nos profetiza la traición de Hermenegildo: «El dragón sentado en el trono de Hispania podía ser herido en el corazón», imagen no indigna de los poetas germanos. Para describir cuando Leovigildo entra en combate para sofocar la rebelión, señala: «Aquel día arriesgó su vida como cuando era joven y el acero, codicioso, lo tentaba». La codicia es del rey, pero desplazarla sobre el acero que empuña es propio de los grandes poemas épicos. Además, se afirma que dicha batalla tuvo lugar «en la embarrada orilla del Betis, ahíta de sangre de hombre y caballo». Por último, después de narrar con precisión la muerte de Leovigildo y sus consecuencias, se nos dice, como si se pusiera fin a un cantar de gesta: «Un hombre así merece ser recordado». Estamos seguros de que nada lo hará mejor que este libro.

Luis Gonzaga Roger Castillo

Profesor de Derecho en la Universitat Oberta de Catalunya,
doctor en Filosofía, graduado en Teología, licenciado en Derecho.



Introducción

Esta es la historia del hombre que, en su propio tiempo, mereció que se le diera el título de «rey de los hispanos».¹ Fue un señor de la guerra invencible, un legislador sagaz, un estadista genial y un padre fracasado. Cuando subió al trono, Hispania era una tierra de guerra y caos, fraccionada en múltiples señoríos y reinos, en donde los godos, en verdad, solo eran dueños de la tierra que sombreaban sus lanzas y parecían destinados a perecer por mor de la victoriosa reconquista romana de Justiniano y por la belicosa presión que sobre ellos ejercían los francos norteaños, y en la que solo parecían poder aspirar a sobrevivir penosamente y a no volver a desgarrarse en guerras civiles. Cuando murió, dejaba tras él un reino poderoso y ordenado en el que godos e hispanorromanos se regían por una misma ley y en el que su voluntad se había impuesto desde el *finis terrae* de los ahora sometidos suevos, hasta el río Ródano de los antiguos galos y desde el mar Cantábrico hasta la frontera con la nueva Spania romana.

Eran las fronteras de un reino que ya no aspiraba a sobrevivir, sino a seguir expandiéndose y a rivalizar con los reinos francos y con el Imperio romano por la hegemonía en Occidente.

Si Leovigildo hubiera sido rey en las contemporáneas Britania o Escandinavia, su vida hubiera sido leyenda. Pero fue rey en Hispania y sus hechos son historia. Yo he pretendido contar esa historia. La historia de un rey, pero también la de un hombre con múltiples facetas: la del hábil y feroz guerrero que se ponía al frente de su hueste para emprender atrevidas expediciones, la del estadista genial y un tanto soñador, la del legislador pragmático, la del político manipulador, la del implacable rey que no toleraba oposición alguna y la del creyente devoto, la del esposo de conveniencia que vivió sin amor y la del padre traicionado por su propio hijo, la del hombre sin piedad que ordena, o al menos permite, la ejecución de ese hijo para facilitar el trono al otro, al fiel, al «bueno», y, con ello, la paz al reino por el que tanto había combatido.

Pretendo también comprender a un hombre, a un ser humano, pleno de contradicciones, de luces y sombras hasta el punto de que en su figura, glosada por sus contemporáneos y por los que tras ellos vinieron, se amalgaman hazañas y crímenes como la plata y el plomo en las minas argentíferas. En su tiempo fue alabado, aclamado, temido, denostado, maldecido... Siendo así que, como ya he señalado más arriba, el historiador franco Gregorio de Tours lo denominó, significativamente, y en cuatro ocasiones a lo largo de su *Historia francorum*, «rey de los hispanos». Título singular, pues solo a él se lo concede. Singularidad más destacable si cabe si uno se percatara de que Gregorio de Tours nunca llama «Rey de los galos» a ninguno de los monarcas francos de su tiempo y cuando, además, se advierte que Leovigildo no solo es llamado «rey de los hispanos» por Gregorio de Tours, sino también por el historiador de los longobardos de Italia, Pablo Diácono.² Un hecho que debería hacernos meditar acerca del tipo de fama que Leovigildo proyectó no solo entre los suyos, sino también entre las gentes de los demás reinos europeos.

Pero Gregorio de Tours también señala la despiadada voluntad de Leovigildo de aplastar cualquier oposición a su gobierno: «Mató a todos los que acostumbraban a asesinar a los reyes sin dejar de ellos a ninguno que orinase contra la pared».³ Cuestión esta, la de ser un rey implacable, que también destacó otro de sus contemporáneos, san Isidoro, quien subrayaba que: «Por la violencia de su avaricia y envidia, a todos los que vio que eran poderosos, o les cortó la cabeza, o

los proscibió privándoles de sus bienes». ⁴ Pero Isidoro también señala su faceta de gobernante eficaz e innovador: «Fue el primero que hizo aumentar el erario y el fisco y también fue el primero que se presentó a los suyos en solio, cubierto con la vestidura real». ⁵ Y todo ello a la par que resalta su infatigable actividad guerrera: «Estimando peligroso el ocio, decidió ampliar su Reino con la guerra», ⁶ así como la devoción que le profesaban sus soldados y el timbre que le daban sus innúmeras victorias. ⁷

Por su parte, el autor de las *Vidas de los Santos Padres de Mérida*, que escribió hacia 633, se las veía y se las deseaba para definirlo correctamente. Reconoce a regañadientes su tolerancia religiosa y generosidad, «a pesar de ser arriano», nos dice, a la vez lo define como «monstruoso dragón» o como «despiadado y muy cruel Leovigildo», o lo tilda de «nuevo faraón», ⁸ e incluso llega a deslizar la velada insinuación de que Leovigildo era un servidor del maligno y un precursor del anticristo. ⁹

Para otros, como Braulio de Zaragoza o Juan de Bicláro, Leovigildo no solo era un hereje, sino también el eficaz instrumento de «la ira de Dios», el poderoso rey que esgrimía una «vengadora espada» ¹⁰ para desolación y castigo de los impíos, o que manifestaba su justiciero poderío como «exterminador de tiranos y vencedor de invasores de Hispania». ¹¹

Ante este aluvión de contradictorias y tremendas impresiones, es fácil concluir que los contemporáneos de Leovigildo y sus inmediatos continuadores se veían desbordados por su figura y obligados a reconocer que Leovigildo fue algo más que un monarca agresivo y ambicioso, con éxito en el campo de batalla y capacidad para gobernar. Sobre todo, porque sus acciones y logros tuvieron como consecuencia la construcción de algo nuevo y fuerte en la, hasta entonces, bravía y caótica Hispania. Ese «algo nuevo» se manifestaba poderosamente en «el valor de unidad» con el que Leovigildo dotó a su reino. Un reino que, con la acción de monarcas como Recaredo, Sisebuto, Suintila, Sisenando, Chintila, Recesvinto, etc. se singularizó más y más en el contexto de los reinos del occidente europeo del siglo VII al definirse por el triunfo de ideas como la de que el rey gobernaba, pero no poseía el reino; o la de que estaba obligado a cumplir las leyes y a «gobernar en favor de la prosperidad del pueblo y de la patria». ¹² Ideas muy alejadas de las que triunfaban en la Francia merovingia del momento, en la que el sentido patrimonial que los reyes tenían sobre sus dominios era norma y en la que sus súbditos, francos salios y ripuarios, galorromanos, sajones, turingios, alamanes, etc. se regían por diferentes códigos legales.

Y es que la historia de la fuerte diferenciación existente entre las ideas y conceptos de rey, poder, pueblo, patria, ley... imperantes en Hispania, por un lado, y, por otro, en la Galia y el resto del occidente europeo, arranca del reinado de Leovigildo. Es con él con quien se inicia el proceso de «territorialización» de la monarquía visigoda y es con él con quien da sus primeros pasos la sinonimia que terminó por establecerse entre «reino de los godos» e Hispania. Una sinonimia, una confusión de términos que llevó a que en el Canon LXXV del IV Concilio de Toledo de 633 se recogiera que el rey gobernaba en favor del bienestar del *Spaniae populi*. Un concepto, *Spaniae populi*, que englobaba a todos los habitantes del reino¹³ y que también se evidencia en el *Liber Iudiciorum*,¹⁴ donde la voz Hispania engloba la totalidad de territorios que integraban la monarquía visigoda, incluyendo a los del antiguo reino suevo y a los de la Galia.

Hoy, pocos especialistas dudan del carácter de «fundador» de Leovigildo. Con él arranca, ciertamente, la historia del reino visigodo de Toletum (Toledo) y concluye la larga etapa de caos, zozobra y disolución emprendida por la monarquía visigoda en 507 en el ensangrentado Campus Bogladensis, actual Vouillé, en Francia, acentuada con la derrota y muerte de Amalarico en 531, asentada con la debacle sufrida por Agila en Corduba (Córdoba) en 551 y coronada con la guerra civil de 551-555 y con el regreso del Imperio romano a las tierras de Hispania en 552. Una penosa etapa que Atanagildo nunca logró cerrar y que solo la implacable energía de Leovigildo transformó en las aceras bases de algo nuevo: un reino centralizado y poderoso cuyo principal centro de poder no estaba ya en Narbona y las Galias, en donde, mal que le pese a muchos, se mantuvo hasta 531 y con tal fuerza que, hasta 567, aún pudo disputarle a la parte hispánica la primacía, sino en Toledo e Hispania.

Hispania pasó, pues, a primer plano con Leovigildo. Una Hispania que el gran rey conoció mejor que ninguno de sus antecesores y en mayor grado que cualquiera de sus sucesores.¹⁵ Porque Leovigildo la recorrió casi por completo en sus belicosas cabalgadas y en sus continuos viajes que lo llevaron desde Narbona a Toledo, a Baza y Málaga, a Córdoba y Medina Sidonia, a Mérida y Sevilla, a Braga y Vitoria... Fatigando serranías, mesetas y valles a través de lo que hoy son Castilla-La Mancha y Extremadura, Andalucía y Aragón, Cataluña y País Vasco, Madrid y Castilla y León, Galicia y Portugal, Cantabria y La Rioja... Por lo que pudo hacerse así una idea precisa de la extensión, variedad, recursos, problemas y carácter de las tierras y gentes que gobernaba.

Sin embargo, la biografía de Leovigildo no sería inteligible si no se viera acompañada por la historia de su mundo y de su época. Fue una época de soberanos poderosos y extraordinarios y de reinas no menos



Figura 1: Fíbula de oro en forma de águila procedente del llamado tesoro de Pietrosaele, *ca.* s. V, Museo de Historia Nacional de Rumanía (MNIR). Descubierta en 1837 durante los trabajos de una cantera junto con otras 22 piezas, hoy solo se conservan 12 y constituyen uno de los principales exponentes de la orfebrería goda del periodo. © Christian Chirita.

poderosas y excepcionales, cuyos nombres han quedado fuertemente ligados a los de Leovigildo: Gosvinta, Baddo, Brunequilda, Fredegunda, Ingunda, Gontrán, Chilperico, Sigeberto, Miro... Fue también una época de eruditos y santos: Masona de Mérida, Leandro e Isidoro de Sevilla, Juan de Bicláro, el abad Donato, Fulgencio de Écija, Martín de Braga, Vicente de Zaragoza, Florentina de Cartagena, san Millán... Con todos ellos y ellas, de una manera u otra, Leovigildo combatió, firmó alianzas, perpetró traiciones, armó conspiraciones, mantuvo debates y desencuentros religiosos, los envió al exilio o les extendió su protección. Su mundo, el mundo de Leovigildo, fue violento y peligroso, como también lo fueron su cama y su casa. Fue allí, en el lecho conyugal y en el seno de su familia, donde sostuvo las luchas más duras y donde halló los desengaños y traiciones más profundas.

Quizá por todo ello, la historia de Leovigildo es, en última instancia, el relato de cómo se puede triunfar como rey, como general, como político, en suma, en el mundo; y de cómo, al tiempo, se puede fracasar, lamentablemente, como esposo y, sobre todo, como padre, en suma, como ser humano.

Leovigildo fue un superviviente. Su vida no fue fácil; su mundo no fue amable. Sobrevivir siempre exige un precio y Leovigildo lo pagó con creces. Su supervivencia no fue gratuita ni vacía: creó un gran reino y en ese reino muchos que antes hubieran perecido, tuvieron la oportunidad de medrar bajo un nuevo orden donde la paz y la ley fueron más manifiestas y sólidas de lo que lo habían sido antes de su reinado. Pese a todo ello, no puedo evitar que, cuando evaluó la existencia del gran rey, del primer «rey de los hispanos», me venga a la cabeza aquella frase de George Orwell: «Lo importante no es mantenerse vivo, sino mantenerse humano». Puede que así sea, pero, quizá, Leovigildo y su implacable mundo solo pudieron permitirse sobrevivir y, de ese modo, ofrecer a los que vinieron después de ellos la oportunidad de poder vivir siendo un poco más humanos.

Notas

- 1 «Leuvichildus Rex hispanorum». Gregorio de Tours da por cuatro veces el título de rey de los hispanos a Leovigildo: VI, XL, 406 y 408; VIII, XLVI, 479 y IX, I, 484, en Migne, J. P., 1858. La traducción española en Gregorio de Tours, *Historias*.
- 2 Pablo Diácono III.21, en Pablo Diácono, *Historia de los longobardos*.

- 3 Gregorio de Tours VII.38.
 4 San Isidoro, HG 51, en Rodríguez Alonso, C. (trad., ed. y estudio),
 1975.
 5 *Ibid.*
 6 *Ibid.* HG 49.
 7 *Ibid.*
 8 Vidas de los Santos Padres de Mérida, III.67-68 y V.91 y 95, en *Vidas*
de los Santos Padres de Mérida.
 9 *Ibid.*, Vida de Masona II.5, 88 y VI.17, 23-24 y 29, 97-99. Acerca de
 los signos y símbolos del anticristo en la Antigüedad Tardía y la Alta
 Edad Media: Guadalajara Medina, J., 1996, 86-87, 92 y 119. Mediante
 los *Comentarios al Apocalipsis* de Victorino de Pettau se generalizó en la
 Hispania visigoda y mozárabe el uso de unos determinados símbolos
 y signos que definían al anticristo. Autores como Isidoro de Sevilla en
 sus *Etimologías*, el Beato de Liébana o el influente Gregorio Magno,
 cuyas *Moralia In Job* fueron tan populares en el reino de Toledo en la
 segunda mitad del siglo VII, dan fe de ello. Volveré más adelante en
 torno a la conversión de Leovigildo en servidor del diablo y precursor
 del anticristo.
 10 San Braulio, Vida y milagros de san Millán 26, en Minguella, fray T.,
 1883 (reed., Olarte, J. B. [dir.], 1976, 11-40).
 11 Juan de Biclara a. D. 578, 4, en Campos, J., 1960.
 12 Canon LXXV del IV Concilio de Toledo, 219-220, en Vives, J., 1963.
 13 Entre otros muchos testimonios: Apertura del IV Concilio de Toledo,
 186; Canon LXXV del IV Concilio de Toledo, 217-221 y Canon X del
 VIII, 283. Acerca de estas cuestiones: Valverde Castro, M. R., 2000,
 173-177 y Soto Chica, J., 2020, 369-373.
 14 Y es que en estos documentos conciliares, cuyos cánones, recuérdese,
 tenían fuerza de ley, y en las leyes emitidas por los reyes godos se aprecia
 claramente que en la voz Hispania se englobaba no solo a Hispania
 propiamente dicha, incluyendo el anexionado reino suevo, sino también
 a las posesiones galas. En suma, se produce una total identificación entre
Regnum gothorum e Hispania. Por ejemplo: *Liber Iudiciorum* IX.2 y
 IX.1, en: Ramis Barceló, R. y Ramis Guerra, P., 2015.
 15 Valverde Castro, M. R., 2017, 45-56.

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



Esta es la historia del hombre que, en su propio tiempo, mereció que se le diera el título de rey de los hispanos. Un hombre que fue señor de la guerra invencible, legislador sagaz, estadista genial... y padre fracasado. Cuando subió al disputado trono visigodo, Hispania era una tierra sumida en la violencia y el caos, fraccionada en múltiples señoríos y reinos, donde los godos, en verdad, no eran dueños sino de la tierra que sombreaban sus lanzas. Cuando murió, dejaba tras de sí un reino poderoso y bien gobernado, en el que godos e hispanorromanos se regían por una misma ley y en el que su voluntad se había impuesto desde el *finis terrae* hasta el Ródano, y desde el Cantábrico hasta las proximidades de las Columnas de Hércules.

Si Leovigildo hubiera sido rey en las contemporáneas Britania o Escandinavia, su vida hubiera sido leyenda. Pero fue rey en Hispania y sus hechos son historia. Y porque fueron historia, el gran rey se merece una biografía en la que se aborden no solo los hechos de su reinado, sino que también rescate su personalidad para tratar de comprenderlo no únicamente como guerrero y soberano, sino también como ser humano, con sus claros y oscuros, que en él fueron muchos. Y no solo a él, sino también a su poderosa e intrigante esposa, la reina Gosvinta, y a sus enfrentados hijos, Hermenegildo y Recaredo, que, junto con su padre y los demás señores del Occidente posromano, tejieron una roja red de conspiraciones y traiciones, de batallas y asesinatos que desembocaron en una terrible tragedia familiar.

Esta nueva biografía de Leovigildo, del gran especialista en el mundo visigodo José Soto Chica, nos permite asomarnos a lo más tenebroso del alma humana y al bélico estruendo de una Hispania peligrosa, a un agitado y hostil mundo en el que todos pugnaban por sobrevivir, pero en el que solo uno, Leovigildo, supo triunfar y persistir.

ISBN: 978-84-127166-5-8



P.V.P.: 24,95 €

**HISTORIA
MEDIEVAL**